

Texto castellano de la entrevista aparecida en reusdigital.cat con fecha 6.11.2021, con ocasión de la publicación de mi libro MI VIDA MARÍTIMA:

<https://www.amazon.es/dp/B09HG2FD55>

El original, en lengua catalana, aquí:

<https://www.reusdigital.cat/noticia/88746/>

En nuestra entrevista del pasado año, con ocasión del primer volumen de su autobiografía, *En una calle de Sevilla*, nos anunciaba una segunda parte. ¿Responde este segundo volumen a su intención de entonces?

En lo que se refiere al plan general, esta entrega se adapta bien al que entonces tenía. Otra cosa son los detalles. Al tratarse de una obra donde predominan los sentimientos y las emociones, que empapan siempre lo relatado, el desarrollo de los diversos temas ha estado mucho en función de lo que daban de sí, emotivamente hablando, y eso no se sabe bien hasta que uno se mete en harina. Por ejemplo, entonces no sabía lo complicado que iba a ser el tocar ciertos temas, ni el espacio que me tomaría el relatar las aventuras de buceo y marítimas.

Tampoco tenía una idea clara de como intercalaría estudios, trabajo y vida amorosa, pero poco a poco los capítulos han ido destilándose, un poco por ellos mismos, como sucede tan a menudo al escritor.

La presente entrega termina a sus 28 años. ¿Habrá una tercera parte?

Eso espero, aunque si así fuera nuevos problemas, difíciles de abordar, se van sin duda a presentar. A medida que lo contado nos queda más cerca, todo está más fresco; eso ciertamente facilita el trabajo, la memoria no necesita tanta ayuda. Sin embargo, si voy a continuar en la misma línea de franqueza al describir mis relaciones con otras personas, como espero y deseo, se plantea un problema: sabes que algunas de ellas te van a leer. En la vida no todo es color de rosa, ni en el trabajo ni en las relaciones de amistad, ni en las de pareja. Si tienes que contar que tal o cual colega o amigo te falló, o te traicionó, es difícil no verse condicionado por ello al describir lo sucedido. Uno no puede, no debe, erigirse en tribunal, pero ha de defender su posición. Al mismo tiempo, si describes ciertas relaciones amorosas, a veces entrando en la esfera de lo íntimo, es imposible no pensar en que puedes hacer daño a alguien. Todo es un compromiso, se han de

conjugar sinceridad y delicadeza si se quiere salir airoso y aspirar al respeto del lector.

El libro no llega a cubrir sus años de catedrático del instituto Salvador Vilaseca, de Reus.

Efectivamente, y es algo que lamento. Algunos de mis estudiantes y amigos de Reus esperaban con curiosidad el relato de como y porqué llegué a esta ciudad, y descubrir quizá algunos de los secretos que en aquella época quedaron velados por las circunstancias. Asimismo, hubiera sido muy agradable para mi el contar aquellos años docentes desde mi punto de vista. Lamentablemente no había espacio para ello, a riesgo de haber publicado un volumen de longitudes desmesuradas. Además, primero debía relatar mis primeras experiencias como catedrático del instituto en Vic, donde inauguré mi carrera como profesor de filosofía. Se contaron muchas tonterías, algunas malévolas, sobre mi pasado al llegar a Reus, y creo que debo clarificarlas todas, pero no es aun el momento.

Casi la mitad del libro se desarrolla en la Tarragona de los años 60. ¿Podría hacernos una breve semblanza de la ciudad de entonces?

Ciudad de curas y militares, se decía, y con buena parte de razón. Tarragona era entonces una ciudad bastante provinciana. En mi barrio, cerca de la Plaza de los Carros había pequeñas tiendas de las de toda la vida, de comestibles, de ropa, mercerías, etc., donde el trato era muy humano, que han desaparecido hace mucho. Al entrar te preguntaban: “¿català o castellà?”, y se adaptaban; hoy ello se ha perdido también. La televisión era aun rara, así que se iba mucho al cine, recuerdo los de la Rambla: Fémina, Metropol y Tarragona; y los de la Rambla Vieja: Capitol y Coliseum. Casi todos desaparecidos o muy cambiados. Aquellas sesiones de dos películas, donde se comían pipas y se dejaba el suelo perdido, eran encantadoras. Se paseaba mucho por la Rambla, hasta el Balcón y volver: chicos y chicas se observaban al cruzarse. Había filas de sillas metálicas bajo los preciosos plátanos, también desaparecidos, donde te podías sentar a ver a la gente circular, o a leer tranquilamente un periódico. Un señor pasaba a cobrar por ello, pero muchos lo evitaban con astucia. Había bailes, donde las chicas esperaban sentadas a que algún chico guapo las sacara. No había muchos coches, y se iba a Barcelona en el tren tranvía; a la vuelta había que tener cuidado de hacer transbordo en San Vicente, de lo contrario te plantabas en Reus, de donde

había que volver a Tarragona en trolebús. Era otro mundo.



Iniciando una sesión de pesca submarina en
Torredembarra

¿Le costó adaptarse al nuevo entorno?

Me adapté rápidamente y sin grandes contratiempos, pues en general todo me pareció mejor que en el sitio de donde venía, empezando por nuestra vivienda. Claro que al principio me pareció que Tarragona era una ciudad muy pequeña, y eché mucho de menos a mis familiares y amiguitos de Sevilla, pero pronto hice amigos nuevos. El hecho de que Tarragona tuviera mar, playas y puerto fue una de mis mayores fuentes de disfrute. La natación y la pesca submarina fueron

pasos hacía el cumplimiento de mi viejo sueño de llegar algún día a ser marino. Tuve la fortuna de conocer a un amigo que me acompañó en aquel recorrido; con él viví grandes momentos y aventuras. El hecho de que se hablará otra lengua nunca lo viví con angustia, como mis padres, que jamás se terminaron de adaptar. Claro que ello en parte se debió al hecho de que la enseñanza era solo en castellano, pero estoy convencido de que si hubiera sido en catalán me hubiera adaptado bien del mismo modo.

Ofrece Vd. críticas, a veces muy duras, de sus profesores, en los diversos niveles de su educación. ¿Las considera justas?

Se trata de un tema delicado, muy subjetivo, como debe ser, pues entra en el campo de las opiniones, que a su vez son formas de expresión de los gustos de cada uno. En el bachillerato, en general tendíamos a reírnos de los profesores. No los tomábamos muy en serio y veíamos las obligaciones y la disciplina como algo a lo que había que sustraerse al máximo. Apreciábamos lo bueno que aparecía, pero sin ser muy conscientes de ello. Así que no, nuestras críticas no eran seguramente muy justas. En la enseñanza superior la cosa cambiaba. Cuando quieres progresar en la vida a través del

estudio te das cuenta de la importancia de tener buenos profesores. Al mismo tiempo, eres más duro con los que te parecen malos, y tiendes a hacerlos responsables de tus insuficiencias, o de tus fracasos, si los tienes. Yo estudié dos carreras seguidas y con el tiempo aprendí a valorar mucho los buenos profesores. En esta etapa creo que si, que mis críticas fueron justas, al menos en lo esencial.

El primer volumen era muy nostálgico. ¿Podríamos decir algo parecido del presente?

Rotundamente no. Como defendí en la primera entrega, la infancia es la patria del hombre. Sin embargo, la adolescencia y la juventud son algo muy diferente: ahí ya tienes lo más importante de tu personalidad ya formada. Vives las situaciones con una gran bagaje propio y sabes que eres en buena medida responsable de lo que te sucede. Al mismo tiempo, la vida te pone en aprietos, a veces tremendos, y ya no puedes tomártelos como si se tratara todo de un juego. Tampoco te puedes ya refugiar en tus padres. Sufres desengaños y frustraciones y aprendes a afrontarlos; nadie puede hacerlo por ti. Claro que hay todavía mucha diversión, y está el descubrimiento del amor y del sexo, pero todo de una forma algo pedestre, poco sofisticada. De mayor aprendes a disfrutar mejor de

todo, controlándolo más, escogiendo mejor tu propio camino, sin seguir tanto a los demás. Siento poca nostalgia, muy poca, de aquella época.

Hay episodios trágicos que Vd. no ha eludido. ¿Le ha resultado difícil contarlos?

Es curioso, pero al iniciar el trabajo en este segundo volumen pensaba que tales episodios los relataría ya a salvo de su influencia destructiva, refugiándome en la distancia cronológica y vital, como instalado en una segura trinchera. Estaba equivocado. Si los hubiese contado de forma sumaria, sin entrar en detalle, ciertamente habría sido así. No era esa mi intención, por respeto al lector, a mi mismo y a las personas involucradas. Por consiguiente, debo confesar que si, que me ha sido muy difícil describir aquellos tristes y dolorosos acaecimientos, de la forma que ellos merecían. Lo he pasado mal, pero merecía la pena; a toro pasado ha sido una gran descarga de emociones. Al mismo tiempo, lo he vivido como un homenaje a las personas de las que hablo al relatarlos; homenaje que necesitaba brindarles.

El eje central de la obra es el mar. ¿Le costó mucho la decisión de dejarlo para siempre?

En realidad dejé el mar y los barcos dos veces, pero el mar sigue siendo una gran fuente de atracción para mí, y sigo buceando con la misma ilusión que sentía a mis 16 años. Eso sí, ya no practico la pesca submarina, sino solo la fotografía subacuática. Volviendo a la pregunta, la primera vez que dejé la profesión de marino mercante yo era consciente de que se trataba de un abandono temporal, así que no me costó mucho tomar aquella decisión. La segunda vez, ya definitiva, había cobrado plena consciencia de la gran dureza de la profesión de marino mercante. De hecho, al estudiar otra carrera me estaba preparando ya para dedicarme a otra cosa. Al ganar la oposición de catedrático de instituto la decisión de dejar los barcos fue automática, y la viví con alegría y satisfacción. Claro que, al ser mi primera vocación muy auténtica, siempre he recordado aquellos viajes con algo de nostalgia, y me sigue gustando ver barcos y estar en contacto con aquel ambiente, a través de los viejos amigos, las redes sociales, etc.

Dedica Vd. todo un capítulo a explicar lo que significa ser marino.

Era del todo necesario. La gente de tierra lo ignora todo del mar, la navegación, etc., así que hacía falta una especie de introducción a ese mundo. De lo

contrario, al lector medio, incluso culto, le hubiese sido incómodo adentrarse de sopetón en el ambiente marítimo. Es menester conocer algo de la terminología y de las costumbres marineras para poder comprender bien las historias sobre los viajes que se narran y los diferentes episodios que tienen lugar en ellas, tanto de la vida a bordo como de las entradas y salidas de puerto, etc.

Navegó Vd. pocos años, pero se las apañó para visitar buena parte de América, el Mediterráneo, África, e incluso llegó hasta Arabia.

En efecto, aunque ello fue en parte producto de la suerte. Cuando en aquella época uno buscaba embarque, bien fuera de alumno en prácticas como de oficial, ya con el título de piloto de la marina mercante, se las apañaba para contactar con las navieras que en principio fueran interesantes para sus propósitos. Había gente que buscaba sobre todo buenos salarios; otros se inclinaban por líneas atractivas para conocer países nuevos, y otros querían sobre todo estar cerca de casa y de la familia. Yo, en distintas etapas, busqué embarques diferentes, según mi situación del momento. En conjunto sí, la verdad es que logré conjugar bastante bien los distintos intereses de mi trayectoria. La fortuna me acompañó, pues no

siempre se presentaban las ocasiones que uno buscaba, y a veces estuve a disgusto, con bastante frustración, al no hallar lo esperado.

¿Como ve Vd., desde la distancia en el tiempo, la dureza de la vida del marino?

La vida del marino actual es muy diferente a la de mi época. Las campañas son más cortas y las vacaciones más largas. Los buques son más modernos y están mejor equipados, tanto tecnológicamente como en materia de seguridad. La navegación es más cómoda, por lo que ya raramente se utiliza el sextante para situarse. No hace falta, porque se dispone de aparatos similares al GPS, que te dicen en cada segundo donde estás, requisito indispensable para trazar el rumbo correcto al destino. Las comunicaciones son mucho mejores, hasta el punto de que ya no es necesario el clásico telegrafista a bordo, que se comunicaba con el país de base por radio de onda corta, usando el código morse. Los móviles e internet lo han hecho todo muy fácil. Sin embargo, un viaje largo sigue siendo largo, así que quien no lo tolera bien sufre por la nostalgia de su país y su familia. Como siempre, los jóvenes se adaptan mejor, y los que se van haciendo mayores intentan buscar trabajo en tierra. En conjunto sigue siendo una profesión dura.



En el petrolero MERMAID

Como en el primer volumen, continua Vd. aquí el tratamiento del sexo de un modo muy franco. ¿Era necesario tanto detalle?

Necesario ciertamente no, pero sí aconsejable. Si decides desde el principio que el sexo es un temas más, debes ser consecuente y abandonar la preocupación por los posibles lectores con prejuicios sobre el tema. Al mismo tiempo, puesto que me he esforzado por utilizar un vocabulario sencillo, parecido al de nuestras conversaciones coloquiales, no he visto razón para eludir los temas sexuales. He tratado por tanto de buscar la

complicidad del lector, hacer que se identifique un poco con lo que se cuenta. La tendencia no es ciertamente mayoritaria entre los autores de autobiografías. La mayoría sigue saltándose olímpicamente los episodios sexuales de su vida, quizá por pudor, quizá por temor a ofender, quizá por evitar el referirse a otras personas. Sin embargo, todo ello puede superarse fácilmente con un poco de técnica literaria elemental, y algo de dedicación y delicadeza. Al final, en un época donde se habla de sexo incluso en la escuela y en los medios de comunicación, he intentado poner mi granito de arena en la normalización del tema.

Hay setenta fotos en el libro, que habrán contribuido a despertar sus recuerdos.

Efectivamente. A menudo han sido las fotos las que me han permitido dar continuidad a los diferentes episodios. Asimismo, las cartas de la época me han ayudado a reconstruir momentos y acaecimientos, así como la colección de postales que guardo de los muchos países que visité, muchas de las cuales van escritas con detalles de los distintos lugares. Considero que el aparato gráfico es imprescindible en una autobiografía; le da credibilidad y ayuda a estimular las imágenes mentales que el lector sin duda se va haciendo a medida que progresa en la

lectura. Asimismo, me ha parecido esencial intercalar las fotos junto a los acontecimientos donde se insertan. El agruparlas todas al final, o en medio de la obra, como tantas veces se ve, insertando pies de foto, no ayuda a dar continuidad a la lectura. Mi opción tiene el inconveniente de que la calidad de las fotos sufre, pero creo que en conjunto merece la pena.

En sus primeros intentos veinteañeros por escribir, ¿intuyó Vd. que esa actividad ocuparía muchos de los años por venir?

Jamás me hubiera atrevido ni a soñar que escribir iba a formar una parte esencial de mi vida. Nunca he tocado géneros propiamente literarios, como la novela, el teatro o la poesía. Mis libros, ensayos y artículos se han movido siempre en el terreno de lo académico. A mi jubilación descubrí que mucho de lo escrito estaba inédito, así que he ido digitalizando y publicando lo que me ha parecido más valioso. Los dos volúmenes de mi autobiografía es lo más literario que he producido hasta ahora. Me ha costado mutar el serio y sobrio estilo académico por otro más ligero y detallista, pero le he ido encontrando el gusto. Al ver que los lectores me muestran su aprobación he ido profundizando en ello. Quizá cuando termine este largo proyecto

intente alguna novela, seguramente de temática filosófica. Uno nunca sabe. La vida dirá.

El libro termina con Vd. ganando la oposición de catedrático de instituto. En su larga vida docente, ¿no pensó nunca en volver a navegar?

Definitivamente no. Mis ansias por la aventura marítima y por conocer mundo mientras navegaba quedaron suficientemente satisfechas. Me sigue gustando viajar, y lo hago siempre que puedo. Incluso en mis tiempos de profesor universitario a menudo aceptaba invitaciones para conferenciar, o dar cursos fuera, movido sobre todo por la curiosidad por el país. Y tras mi jubilación he cambiado una vida estable por otra nómada, con muy frecuentes cambios de lugar y de casa. Es una muestra de que mi vocación marinera fue la consecuencia de mi gusto por el cambio. Los viajes marítimos son muy lentos; en cruzar el Atlántico se tardan muchos días, que se convierte en horas con el avión. Resumiendo: soy viajero antes que marino, aunque la vocación marinera vino a cumplir un bonito sueño de infancia.